

XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 2007.

Memoria de género y prácticas de sociabilidad barrial. Aportes para la reflexión en torno de las nociones de lo público y lo privado. Mar del Plata, 1960-1980.

Pérez, Inés (CONICET / UNMdP).

Cita:

Pérez, Inés (CONICET / UNMdP). (2007). *Memoria de género y prácticas de sociabilidad barrial. Aportes para la reflexión en torno de las nociones de lo público y lo privado. Mar del Plata, 1960-1980. XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-108/155>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

XI° JORNADAS INTERESCUELAS/ DEPARTAMENTOS DE HISTORIA

19 - 22 de Septiembre de 2007

Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras

Universidad Nacional de Tucumán

Título:

Memoria de género y prácticas de sociabilidad barrial

Aportes para la reflexión en torno de las nociones de lo público y lo privado

Mar del Plata, 1960-1980

Mesa 19: Mujeres, género y familia. Cambio de roles y transformaciones en el mundo público y privado en la 2ª mitad del siglo XX

Dependencia: CONICET/ UNMdP

Autor: Inés Pérez

Becaria doctoral (CONICET) / Miembro del *Equipo Familia* del **Programa de**

Estudios sobre Población y Trabajo (P&T) de la UNMdP

Colón 1899 3° E, Mar del Plata, Bs. As., Argentina (CP 7600)

Tel.: (0223)494-0425

inesp18@yahoo.com

Presentación

*Yo no sé de dónde soy
mi casa está en la frontera
y las fronteras se mueven
como las banderas*

Jorge Drexler

El uso de los conceptos *público* y *privado* comporta una serie de dificultades derivadas, en gran medida, de la ambigüedad que conllevan. Si por lo general se los ha pensado a partir de su

oposición, la falta de acuerdo en torno a lo que se designa con cada uno y la ausencia de definiciones explícitas han originado numerosas imprecisiones e incluso contradicciones. Como ya advirtieran Fernando Devoto y Marta Madero, existen al menos dos formas de definir lo público y lo privado: “(...) *la oposición público-privado sugiere, en el lenguaje corriente, tanto una contraposición entre íntimo (privacidad) y visible (público) como otra entre aquello que pertenece a la esfera del Estado y lo que incumbe a la esfera de las personas.*”¹ Si esta última forma de concebir lo público, que remite a la concepción habermasiana de la “esfera pública”, es la que ha predominado en las aproximaciones vinculadas a la historia política, aquella que pone el acento en lo que se muestra y lo que se oculta ha predominado en las historias de la vida cotidiana. Esta división, sin embargo, no es tajante: la política también ha sido rastreada en los menesteres de la vida cotidiana.²

Por otra parte, la clasificación de las prácticas bajo uno u otro rótulo no puede hacerse sino en los términos de una sociedad o un grupo particular. En las palabras de Antonine Prost, “*la vida privada no es una realidad natural que nos venga dada desde el origen de los tiempos, sino más bien una realidad histórica construida de manera diferente en determinadas sociedades. No hay una vida privada cuyos límites se encuentren definidos de una vez por todas, sino una distribución cambiante de las actividades humanas entre la esfera privada y la esfera pública. La vida privada sólo tiene sentido en relación a la vida pública, y su historia es ante todo la de su definición (...) La historia de la vida privada comienza, pues, siendo la historia de sus fronteras.*”³

La escisión de los ámbitos público y privado ha sido pensada en todos los casos como un elemento propio de la Modernidad y, en ese sentido, ha sido presentada como un correlato de la pérdida de centralidad de los vínculos comunitarios y de la instauración de la soberanía del individuo. La conformación de dichas esferas ha sido vinculada a la conformación del *modelo* de “familia moderna” al menos en dos sentidos: por una parte, la nuclearidad que dicho modelo implica (y la reducción del tamaño del grupo doméstico) supone una definición del hogar como un espacio eminentemente privado, recinto por excelencia de la vida familiar; por otra, la familia moderna se caracteriza por la asignación de roles por género de acuerdo a los que a las mujeres corresponde el mundo privado y a los hombres el público, roles que son correlativos de la escisión entre los espacios destinados a la producción y a la reproducción.⁴

¹ Devoto, F. y M. Madero (eds.), *Historia de la vida privada en Argentina*. Bs. As., Taurus, 1999, p. 12.

² De referencia obligada es la aproximación de Maurice Agulhon. Véase Agulhon, M., *Historia vagabunda. Etnología y política en la Francia contemporánea*. México, Inst. Mora, 1994.

³ Prost, A., “Fronteras y espacios de lo privado”, En Ariès, P. y Duby, G. (dirs.), *Historia de la vida privada*, Madrid, Taurus, 2001.

⁴ Jugamos aquí con la ambivalencia de la noción de *modelo* de familia moderna. Ambivalencia en tanto refiere tanto al modelo interpretativo elaborado por la teoría social como a las imágenes de familia que se tienen por ideales allende las fronteras del mundo académico. Esta ambigüedad expresa la existencia de un vínculo entre ambas definiciones, vínculo complejo y bilateral. Aquí utilizaremos la noción de *modelo* para hacer referencia a una serie de imágenes de familia que se postulan como ideales en distintos

Los años sesenta y setenta han sido señalados como un momento en el que los límites de las esferas pública y privada fueron puestos en cuestión, en especial en relación al lugar de la mujer en ellas. Distintos elementos confluyeron en la redefinición de aquella frontera: desde transformaciones en materia de familia y género, a cambios en pautas de consumo y una intensificación del peso de los medios de comunicación de masas en la vida cotidiana.

Proponemos aquí observar la redefinición de dichos límites a partir de los cambios en la sociabilidad que acompañan procesos de “modernización” material de dos barrios de la ciudad de Mar del Plata en aquellas décadas: uno predominantemente de sectores medios y, el otro, de sectores medios que ascienden.⁵ Ambos barrios se desarrollaron contemporáneamente: en ambos casos, dicha “modernización” se produjo entre los últimos años de la década de 1950 y mediados de la de 1970. Situar la mirada sobre los procesos de modernización material nos permite observar la confluencia de distintas lógicas que estructuran la vida en el barrio: desde la participación política (fundamentalmente a través de las asociaciones vecinales), a la organización de la vida doméstica y los usos del tiempo y los espacios, la del establecimiento de redes de solidaridad, la de una construcción identitaria, etc. Por otra parte, la elección de los barrios responde a la intención de observar las diferencias o similitudes en las prácticas desarrolladas en espacios de la cotidianeidad que pueden identificarse con distintos sectores sociales.⁶

¿Sobre qué definición de lo público/ privado trabajamos? Si en principio, por el tipo de prácticas sobre el que nos centramos, nos resulta más significativa aquella que toma el criterio de la visibilidad, entendemos con Susan Gal que el contenido referencial de cada uno de los términos del binomio descansa en los contextos en que es utilizado y que, por lo tanto, la distinción entre ambas categorías es relativa a esos contextos.⁷ En este sentido, lo que nos

momentos y por distintos sectores y que comparten un conjunto de elementos: la nuclearidad, una reducida cantidad de hijos, una estructura funcional basada en una división de roles por género y generación, etc.

⁵ Distintos trabajos han abordado la simbología de lo barrial, aunque en general han abordado períodos más recientes. Véase Gravano, A., *Antropología de lo barrial. Estudios sobre producción simbólica de la vida urbana*. Bs. As., Espacio, 2003; Bazano, S., “‘Dime cómo llamas al barrio y te contaré parte de su historia.’ Aportes para una etnografía del barrio”, En del Acebo Ibáñez, *El habitar urbano: pensamiento, imaginación y límite. La ciudad como encrucijada*, Bs. As., USAL, 2000; Falu, A., Moreu, P. Y Rainero, L. (comp.), *Ciudad y vida cotidiana, asimetrías en el uso del tiempo y del espacio*, Córdoba, UNC, 2002.

⁶ Es un lugar común en el campo de la historia de la familia el señalar a los sectores medios como la vanguardia del cambio familiar. Para el caso argentino, dicha identificación estuvo ya presente en la interpretación de la “modernización familiar” propuesta por Gino Germani, interpretación que estableció la agenda de los estudios posteriores sobre la familia en nuestro país. Más recientemente, Eduardo Míguez ha utilizado el concepto de “modelo familiar de clase media” para leer el cambio familiar producido entre fines del siglo XIX y la década de 1930. Véase Germani, G., *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Bs. As., Paidós, 1971; cap. X.; Míguez, E., “Familias de clase media: la formación de un modelo”, En Devoto, F. y Madero, M. (comp.), *Historia de la vida privada en la Argentina*, Bs. As., Taurus, 1999.

⁷ Gal, S., “A Semiotics of the Public/ Private Distinction”, en *Differences: A Journal of Feminist Cultural Studies*, 13.1, 2002.

interesa aquí es observar la forma en que los sujetos con los que trabajamos califican sus prácticas en los espacios de la cotidianidad (del hogar al barrio) en los relatos de sus historias de familiares, en los que hemos destacado las décadas que constituyen nuestro período de análisis, y en sus recuerdos de la vida en el barrio en los años de su crecimiento y modernización material. Trabajamos con un conjunto de entrevistas a partir de las que hemos accedido a aquellos relatos. Los criterios para la selección de los entrevistados han tenido en cuenta la inclusión de cierta diversidad en términos de género y generación, puesto que nos interesa observar la relación entre el lugar que se ocupa dentro del *campo* familiar y los modos que asume el relato de aquellas prácticas de sociabilidad.

Nos interesa observar en qué contextos distintas prácticas son concebidas como públicas o privadas, qué se identifica en diferentes momentos del relato como *adentro* y *afuera*, como *propio* o *ajeno*. Tomaremos para ello la propuesta de Gal quien caracteriza el binomio público/privado como una *distinción fractal*.⁸ Esto quiere decir que dicha distinción puede ser establecida repetidas veces si se la proyecta sobre contextos más estrechos o más amplios. En este sentido, una misma práctica o un mismo espacio pueden ser caracterizados como públicos en un determinado contexto discursivo y como privados en otro, dependiendo de las prácticas o los espacios con los que se los esté comparando. Ahora bien, si esta conceptualización resulta sumamente útil para considerar la forma en que los actores otorgan sentido a sus prácticas, hacia el final del presente trabajo discutiremos la pertinencia de una definición más rígida de las categorías de público y privado como instrumentos interpretativos que permitan dar cuenta, desde la mirada del investigador, de procesos o problemas desdibujados si sólo se los observa a partir de las “categorías nativas”. Desde la reflexión en torno de lo público y lo privado que aquí se propone no intentamos llegar a una definición definitiva de estas nociones, sino, más bien, explorar la utilidad que distintas conceptualizaciones pueden tener en la consideración de prácticas y experiencias cotidianas.

Los escenarios

Los barrios que seleccionamos, Santa Mónica y Bosque Alegre, tuvieron su origen en un contexto de fuerte crecimiento urbano especialmente relevante en ciudades intermedias, entre las que se encuentra Mar del Plata.⁹ Si el primero nació como un barrio que podría

⁸ Gal, S., ob. cit.

⁹ Las características que asumió el crecimiento urbano de la segunda mitad del siglo XX en Argentina están en estrecha relación con la política de vivienda implementada en el período. Desde mediados de los años cuarenta hasta mediados de los setenta, hay una importante acción del Estado a favor del acceso a la propiedad inmueble. Javier Auyero y Rodrigo Hobert observan en este período una aceleración en el proceso de urbanización y suburbanización. La construcción surgida de los llamados “loteos económicos” y la posterior “autoconstrucción” de las viviendas dio como resultado, de acuerdo a estos autores, la consolidación de un tejido urbano discontinuo y desarticulado. Por otra parte, también se señala el surgimiento y consolidación de empresas de ahorro y préstamo para la vivienda y de las secciones hipotecarias de los bancos privados. Dichos planes beneficiaron al sector de la población con capacidad

caracterizarse como de *sectores populares*¹⁰, más ligado al proceso de crecimiento urbano alimentado por las migraciones desde áreas rurales, el segundo estuvo marcado por el impulso que en nuestra ciudad recibió la construcción de barrios residenciales.¹¹ Con el correr de los años, sin embargo, Santa Mónica se constituyó en una de las áreas más caras y requeridas de la ciudad.

En la actualidad está escindido por una importante avenida: de uno y otro lado, sus características son a primera vista diferentes. Hacia el sur de la avenida Juan B. Justo, el barrio está habitado por trabajadores en su mayoría en las industrias que crecieron en nuestro período de análisis. Hacia el norte, se trata de un barrio residencial, habitado predominantemente por familias pertenecientes a los sectores medios y medios-altos. Los chalets (a veces suntuosos), las pobladas arboledas y el diseño irregular de la cuadrícula de esta sección permiten pensar en ciertas similitudes con Bosque Alegre y la imagen de “barrio parque”. Las diferencias entre ambas zonas se acentuaron a partir de la declaración de la sección sur como zona semi-industrial hacia fines de la década de 1960.¹²

Sus primeros habitantes fueron, en su mayoría, migrantes provenientes de zonas rurales: por una parte, de pequeños pueblos italianos y, por otra, de distintas zonas del interior de nuestro país. Mar del Plata no fue el primer destino en todos los casos pero sí fue, muchas veces, el definitivo. Entre quienes se establecieron en este barrio son numerosos aquellos que habiendo

de pago, lo que explica que el aumento relativo en el número de propietarios de los sectores medios y populares haya sido contemporáneo de la extensión de las villas de emergencia característica de este período. El apoyo continuo por parte de los sucesivos gobiernos a las obras de infraestructura y a la construcción de conjuntos habitacionales -llevadas a cabo por grandes empresas constructoras y con financiamiento público- tuvo especial relevancia en lo relativo al acceso de un importante sector de la población a distintos servicios (el gas natural, el agua corriente, la conexión con la red cloacal, etc.). Véase Yujnovsky, O., “Revisión de la política de vivienda en Argentina desde 1880.” *SUMMA*, N° 72; 1974; Auyero, J. y Hobert, R., “¿Y esto es Buenos Aires? Los contrastes del proceso de urbanización”, En: James, D., *Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, Bs. As. Sudamericana, 2003.

¹⁰ Usamos el concepto de sectores populares remitiéndonos al uso que se le diera en Romero, L. A., “Buenos Aires en la entreguerra: libros baratos y cultura de los sectores populares.” en Diego Armus, *Mundo urbano y cultura popular*. Bs. As., Sudamericana, 1990. Aunque allí se hace referencia a un período anterior, una serie de elementos que se toman para caracterizar a dichos sectores nos resultan de utilidad: el espacio del barrio como lugar en el que la sociedad popular toma forma, definiéndose por la oposición al “centro”, la heterogeneidad de ocupaciones que permite hablar de un conjunto menos homogéneamente “trabajador” que en otras épocas, la fuerte movilidad social, etc.

¹¹ Véase Mazza, C. J. (ed), *La ciudad de papel. Análisis histórico de normativas y planes urbanos para la ciudad de Mar del Plata, 1885-1975*, Mar del Plata, UNMdP, 1997; Núñez, A., *Morfología Social de Mar del Plata (1874-1990)*, Tandil, PICT, 2000.

¹² Ambas zonas fueron loteadas a fines de la década de 1940, pero fue recién hacia mediados de la década de 1950 cuando se aceleró la venta de estos terrenos a partir de la iniciativa de sus dueños. Antiguamente, las tierras de lo que luego sería el sector norte del barrio eran quintas de familias de buena posición. De ellas, este sector heredó su abundante forestación y el nombre que el barrio entero recibiera en 1954 cuando, por motivos políticos, debieron abandonar el de “Domingo Mercante”. Por medio del decreto 651 de julio 1967, el sector sur fue declarado zona semi industrial. Las regulaciones que operan sobre este sector difieren de manera notable de aquellas establecidas para el sector norte. La primera asociación vecinal del barrio fue fundada en 1949. Su nombre en aquel momento era “Domingo Mercante”. Ya entonces, el barrio que luego sería “Santa Mónica” incluía dos sectores (diferenciados en las actas de la sociedad): el primero, de Matheu a Juan B. Justo y de San Juan a Italia; el segundo, de Juan B. Justo a Vértiz y de las vías del ferrocarril a Polonia.

nacido en zonas rurales, experimentaron su mudanza a la ciudad como una forma de ascenso social.

La mayor parte de las viviendas construidas en nuestro período de análisis fueron ejemplos de autoconstrucción. Las propias familias, junto con la ayuda de vecinos y parientes (en el caso de que los hubiera en la ciudad), construyeron sus viviendas en una serie de etapas que muestran cierta regularidad: a una primera habitación en la que se concentraba la totalidad de las actividades domésticas (excepto las realizadas en el WC ubicado fuera de la planta de la casa) se agregaba una cocina, luego una habitación (a la que se sumaba otra más tarde) y en, última instancia, una garage. La habitación original cumple en la versión “final” de estas casas la función de living-comedor.¹³

En la mayor parte de los relatos de los entrevistados, se conjugan distintos elementos que condensan en la imagen de un épico ascenso social. Si es en la ampliación de las viviendas donde dicha imagen se apoya con más fuerza, el acceso a ciertos bienes (el auto, la heladera eléctrica, el televisor) actúa como soporte complementario, pero no menos necesario, de aquella. Se trata de un barrio de sectores populares que ascienden, aunque esto es especialmente visible en el sector norte.¹⁴ Los varones de las familias originarias del barrio se dedicaban mayormente a la construcción (en particular en aquel sector) o eran empleados en las industrias de la ciudad (en el sector sur). Sus esposas, en una buena medida, tuvieron un empleo hasta el nacimiento de sus hijos, momento en el que abandonaron sus tareas fuera del hogar. Esto no supuso, de todas formas, que se dedicaran exclusivamente a las labores del ama de casa. En muchos casos, la casa familiar convivió con la oficina o el taller del marido en el que ellas colaboraban con distintas tareas, en especial la atención al público y la administración.

En los primeros años, los tópicos sobre los que giran los reclamos de los vecinos al municipio denotan la precariedad de los servicios con los que contaba el barrio. En las actas de la sociedad de fomento, los pedidos más habituales son la instalación de alumbrado público y del servicio de electricidad para los domicilios, el establecimiento de una escuela en el barrio, la instalación de un teléfono de uso público. Otros temas que son tratados regularmente son el de la irregularidad de los servicios de transporte y de recolección de residuos, la construcción de puentes en algunas esquinas para sortear más fácilmente el arroyo que atraviesa el barrio (el arroyo Las Chacras) y de desagües, etc. Con el paso de los años es posible observar cómo algunos de estos reclamos fueron satisfechos. En 1955, por ejemplo, se inauguró una escuela

¹³ Estas son etapas típicas de los procesos de autoconstrucción de viviendas. Véase Liernur, J. F., “El dispositivo de la casa autoconstruida.”, *Cuadernos del IAA*, N° 4, 1987.

¹⁴ Este sector comienza a ser definido como “residencial” o de sectores medios pujantes hacia mediados de la década de 1970, cuando, gracias a la acumulación del acceso a distintos servicios y el entubamiento del arroyo que lo cruzaba (junto a otras obras de infraestructura), la zona comenzó a valorizarse y se construyeron chalets de “mayor categoría”. Es probable que los sectores más acomodados que se asentaron en el barrio desde mediados de la década de 1970 hayan elegido el sector norte por aquellas características pintorescas, así como por su acceso más temprano a los distintos servicios.

primaria, que comenzara a funcionar tres años después y que recibió a los hijos de los vecinos del barrio. Para mediados de la década de 1960, una parte importante de las calles ya estaban asfaltadas y la mayor parte del barrio tenía alumbrado público y electricidad.¹⁵

Bosque Alegre, como decíamos, nació como un barrio planificado y orientado hacia sectores medios. El barrio resultó de un emprendimiento de una empresa particular, la Compañía General de Tierras, que le imprimió un carácter particular: su diagramación se distingue dentro del ejido urbano por sus calles curvas, posee, además, una profusa arboleda que fue sembrada allí deliberadamente, un lago artificial, etc. Los lotes originales, por otra parte, poseían una inusual extensión (1000 metros cuadrados). La Compañía construyó en un inicio un conjunto de 10 chalets de tipo californiano.¹⁶

Los lotes originales fueron subdivididos para estimular su venta ya desde principio de los años cincuenta. Existe cierto consenso entre los vecinos del barrio en relacionar esa subdivisión con una “decadencia” del barrio. Si no hay acuerdo en el momento en que tal decadencia habría empezado (aunque nosotros podríamos situarla en torno de mediados de la década del sesenta), en todos los casos los índices de la misma son la presencia en el barrio de familias de menores recursos, la “degradación” del estilo arquitectónico predominante entre las viviendas construidas allí y la contaminación que sufrió el lago y la subsiguiente necesidad de rellenarlo.

¹⁵ Los primeros años de esta década se caracterizan por pedidos de parte de los vecinos ante las autoridades municipales para impedir la instalación de fábricas, criaderos de animales y otros establecimientos que podrían quitarle valor a la zona. Es interesante señalar, en este punto, la adhesión de la sociedad vecinal al concurso de jardines organizado por la municipalidad en 1961. En este entonces, los vecinos ya no pedían puentes sobre el arroyo sino su entubamiento. También en ese tiempo, es posible ver en las actas de la sociedad, una preocupación por la inestabilidad del valor de la canasta familiar y por el aumento del costo de vida. Desde fines de la década de 1950, la sociedad formó parte de una junta de asociaciones vecinales que, entre otras cosas, participó en 1965 del “Congreso Nacional contra la carestía de la vida” organizado por la CGT, cuyas conclusiones fueron discutidas en la asamblea de la sociedad de fomento. También en el marco de la junta de asociaciones vecinales, fueron discutidas la utilidad de la extensión de la red de gas natural y de agua corriente, que se concretaron hacia inicios de la década siguiente. El proceso que aquí se describe presenta ciertas similitudes por el analizado por Adrián Gorelik para la ciudad de Bs. As. en las primeras décadas del siglo XX. Santa Mónica, como los “vecindarios” observados por Gorelik, nació como la unión de distintos núcleos de viviendas generados por la expansión de la grilla urbana hacia áreas fronterizas. Si en un primer momento las relaciones que allí podían observarse eran fundamentalmente derivadas de la necesidad y el aislamiento, con el correr de los años el barrio asumió el carácter de un “(...) territorio identitario, un dispositivo cultural mucho más complejo en el que participa un cúmulo de actores y de instituciones públicas y privadas, articulando procesos económicos y sociales con representaciones políticas y culturales.” Gorelik, A., ob. cit., p. 274. Gorelik entiende esta transformación como el surgimiento de un espacio público en el barrio, lo que en sus términos remite a la conformación de instancias de participación propias de la sociedad civil. Más adelante daremos otra definición de “público”, más adecuada a los fines que aquí nos hemos propuesto.

¹⁶ El barrio fue fundado en 1944, aunque comenzó a poblarse en 1945. Tanto los lotes como los chalets fueron vendidos en cuotas. Muchos de los compradores iniciales eran inversores que no vivían en la ciudad. El barrio se pobló con lentitud, en parte, por las restricciones que la compañía impuso a las construcciones que en él podían realizarse: las construcciones debían ser de mampostería, debían hacerse cercos entre una vivienda y otra y éstos debían ser “cercos vivos”, etc. La Compañía estableció este barrio como un “Barrio Parque”. La sociedad vecinal nació en 1954, lo que da cuenta de la lentitud del proceso de doblamiento del barrio.

Las familias que inicialmente poblaron el barrio podrían identificarse como de clase media. Muchas de ellas, ya tenían al menos una generación de vida en la ciudad. El resto de ellas estaba compuesto por inmigrantes de “ultramar”: belgas, griegos, etc. Más allá de las ocupaciones desarrolladas por los varones adultos de aquellas familias¹⁷, lo que nos permite identificarlas como de sectores medios es la presencia muy temprana -en relación a otras zonas de la ciudad- de distintos electrodomésticos (la heladera eléctrica, por ejemplo) y de otros bienes de alto valor tanto en términos monetarios como de status (el automóvil, típicamente). Los propios vecinos, por otra parte, se identifican a sí mismos y caracterizan al barrio como de “clase media”. La referencia que los vecinos “pioneros” (los más antiguos residentes del barrio) se hace especialmente visible en el contraste que en su relato se exalta entre sus propias prácticas y las de “los italianos” y otras familias de menores recursos que se instalaron con posterioridad.¹⁸ Con la excepción de las viviendas de estas familias, las casas del barrio fueron diseñadas y edificadas por arquitectos y constructores con una estética que sostiene, en buena medida, la de los chalets estilo californiano iniciales.

En el recuerdo de los vecinos sobre los primeros años de la vida del barrio, “todo quedaba lejos”. La ausencia de construcciones en los alrededores de Bosque Alegre así como la cercanía de algunas quintas es asimilada en esos relatos a la idea de que el barrio estaba en el campo. Muchos de quienes habitaban en los alrededores en aquel tiempo participaban en gran parte de las prácticas de la vida social de Bosque Alegre. Esta situación ya no se observa con la misma intensidad en el momento en que los alrededores se empobrecen, fundamentalmente con el crecimiento de las viviendas alrededor del matadero de la ciudad, ubicado a unos 1000 metros de los límites de Bosque Alegre y con la instalación de una comunidad gitana en las inmediaciones del barrio. Resulta significativo el que coincidan este momento con el que muchos de los vecinos señalan como el del inicio de la “decadencia” del barrio.

Esto puede vincularse con una intención que reaparece en los relatos de los entrevistados de conservar las características originales del barrio que pueden leerse como signos de status que no se resignan. Las demandas de la asociación vecinal, desde sus inicios en 1954, se centraron

¹⁷ Se trata de administradores, miembros de la propia Compañía General de Tierras, periodistas, industriales, etc.

¹⁸ “Los italianos” son un grupo de familias emparentadas entre sí que inmigraron a nuestro país de acuerdo al mecanismo conocido como “cadenas migratorias” que se instalaron en el barrio en un período que abarca desde finales de la década de 1940 a principios de la de 1960. La última de las familias de “los italianos” en instalarse en el barrio, lo hizo en 1966. Se trata de la familia conformada por uno de los hijos del primer migrante de esta familia que se instaló en la ciudad que, casualmente no se instaló en Bosque Alegre. La razón que explicaría esta diferencia en el lugar elegido como residencia en los primeros migrantes estaría en el vínculo de los que sí se instalaron en Bosque Alegre con el trabajo en quintas, cercanas a él. Gran parte de “los italianos”, por otra parte, se dedicaban a trabajos vinculados con la construcción. Esto facilitó algunas de las prácticas que los otros vecinos recuerdan como especialmente significativas: la construcción de sus viviendas, así como otros trabajos tales como la preparación de conservas, se realizaban de forma colectiva. Los vínculos entre estas familias era de lo más estrecho, elemento que suele aparecer como contraste con la descripción que los otros vecinos hacen de sus propias prácticas. Sobre esto volveremos más adelante.

la conservación de distintos elementos que distinguen al barrio del resto de la ciudad (el lago, la forestación, la ausencia de negocios). A ese tipo de reivindicaciones hay que sumar las que son comunes a otros barrios que se desarrollan paralelamente -el asfalto, la iluminación, el agua corriente, las cloacas-, que tienen que ver con el proceso de modernización material común a los dos barrios seleccionados del que hablamos arriba. El acceso a la mayoría de estos servicios no se dio en este caso con anterioridad a lo ocurrido en otras zonas de la ciudad. Bosque Alegre, por otra parte, más lejano en términos geográficos al centro de la ciudad que Santa Mónica, poseía, además, más limitaciones tanto en términos de transportes como de negocios cercanos.

Los actores

El trabajo que aquí presentamos se apoya en veinte historias de vida reconstruidas a partir de una serie de entrevistas.¹⁹ Diez de los entrevistados residen en Santa Mónica desde fines de los años cincuenta. Los otros diez, vivieron en Bosque Alegre en el período que hemos tomado para nuestro análisis, pero algunos de ellos se han mudado a otras zonas de la ciudad por distintas razones.

Para el caso de Santa Mónica, hemos entrevistado sujetos de las dos zonas en las que se divide el barrio: tres de ellos viven en el sector sur y los restantes siete, en el norte. Seis se instalaron en Santa Mónica cuando se casaron: son ellos los que conforman la *generación mayor* de nuestros entrevistados. De los restantes cuatro (todos ellos hijos de residentes en el barrio, y por ello *hijos del barrio*) dos formaron sus propias familias durante la década del sesenta (Juan y María del Carmen) y dos nacieron durante en esos años.

¹⁹ El uso de este tipo de fuentes presenta dos problemas que requieren de ciertas aclaraciones previas. En primer lugar, el del status asignado a lo relatado por los entrevistados; en segundo, el de la instancia de la entrevista como espacio donde ese relato se construye. En relación al status de las fuentes orales, y más allá de las consideraciones que ya hiciera Paul Thompson acerca de la validez (igualmente incierta) de las fuentes escritas, es necesario referir a la discusión en torno de la definición de los sujetos. En este sentido, adscribimos a aquellas posiciones de acuerdo a las que se los definen como un *extranjero para sí mismo*, por sus múltiples ligazones de identificación, cambiantes en el tiempo. El relato de este sujeto, concebido en su incompletitud y, por lo tanto, en permanente tensión hacia lo otro, sólo puede ser pensado como ficción. Este relato está condicionado por el ámbito en el que se produce, así como por el interlocutor ante el que se presenta, y la situación de la entrevista presenta una serie de características particulares. Por otra parte, el discurso del entrevistado está condicionado por las estructuras socioeconómicas y culturales en las que está inserto. Entre esos condicionamientos, el del lenguaje y las estructuras narrativas resulta uno de los más fuertes. Véase Thompson, P., "Evidencia" En *La voz del pasado. La historia oral*, Barcelona, Ediciones Alfons El Magnanin, *Institu Valenciana De estudis y Investigacio*, 1988; Vespucci, G. y ot., "La recuperación del sujeto en las ciencias sociales: Una aproximación epistemológica", presentado en IV Jornadas de Investigación del Departamento de Geografía; Facultad de Humanidades, UNMDP, 2002; Arfuch, L., *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*, Bs. As. Fondo de Cultura Económica, 2002; Bourdieu, P. (dir.), *La miseria del mundo*, Bs. As., FCE, 1999; Robin, R., "¿Es la historia de vida un espacio al margen del poder?" En: en Jorge E. Aceves Lozano, comp., *Historia oral*, México, UAM/ Instituto Mora, 1993, p. 182. Hemos elegido conceptualizar los datos construidos a partir de estas entrevistas como "biografías familiares" en la medida en que en ellos se repiten diversos elementos que caracterizan a la autobiografía como género. Véase Langellier, K. M., & Peterson, E. E., "Family storytelling as a strategy of social control." En D. Mumby (Ed.), *Narrative and social control* (pp. 49-76). Newbury Park, CA: Sage, 1993.

Cuatro son varones, tres de los que pertenecen a la *generación mayor* de nuestros entrevistados (Elías, Carlos y José), y uno, a la generación de los *hijos del barrio* (Juan). Los cuatro, además, han participado con un alto grado de compromiso en la sociedad de fomento del barrio. De ellos, tres tienen ocupaciones vinculadas a la construcción (plomero, constructor, electricista); el cuatro, el más joven, el único de los varones que entrevistamos que vive en el sector sur, es taxista y, cuando no está manejando, atiende el almacén de su familia.

De las seis mujeres entrevistadas, tres pertenecen a la *generación mayor* y tres son *hijas*. De las mayores, todas trabajaron antes de asumir su “destino” como madres y amas de casa. Dos de ellas, Blanca y Segunda, continuaron “trabajando para afuera”, aunque desde su propia casa, incluso después del nacimiento de sus hijos. Ivona, la tercera, abandonó no sólo sus vínculos con el mundo del trabajo al casarse. Podríamos decir que sus lazos con el mundo público en general se empobrecieron: durante la entrevista (que no quiso que grabáramos) nos cuenta, con cierta picardía, que hoy, que su marido ha fallecido, está empezando a conocer los “boliches” y las casas de sus vecinas y amigas. Ivona tuvo que esperar la vejez para disponer más “libremente” de espacios y tiempos.

El grupo formado por las tres entrevistadas a las que hemos agrupado bajo el rótulo de *hijas*, presenta también cierta diversidad. Si las tres son de la generación cuyos padres se instalaron en el barrio, las dos más jóvenes (Cristina y Nancy) son, además, hijas de los años sesenta y de un cierto clima de época que ha marcado sus vidas: su generación es la de la rebeldía, la del divorcio, la que reivindicó el trabajo extra doméstico como una forma de realización personal.²⁰ María del Carmen, en cambio, también de la generación *joven* de los entrevistados, formó su familia en los sesenta y, aunque en su discurso es posible rastrear ciertos elementos del clima de época del que hablábamos, su historia de vida es, en muchos puntos, más cercana a las de las entrevistadas mayores que a las de Cristina y Nancy. Tanto Juan como María del Carmen, al igual que los entrevistados de la generación mayor y en contraste con las entrevistadas más jóvenes, narran su historia familiar en una clave idílica. El conflicto no aparece en sus relatos hasta que las preguntas no toman un tono más específico. También, por lo general, en ellos se describe de un modo lineal aquel proceso de ascenso social del que hablamos antes.

Los entrevistados de Bosque Alegre también pueden ser clasificados como de una *generación mayor* o como *hijos del barrio*, pero a condición de incluir ambos grupos en el de los “pioneros” para distinguirlos así de aquellos que se instalaron en el barrio durante la década del sesenta. En lo que hemos llamado la *generación mayor*, podríamos situar tres entrevistadas:

²⁰ Ambas son madres separadas; ambas tienen una ocupación fuera de sus casas a partir de la que se mantienen ellas mismas y mantienen a sus hijos (Cristina tiene un polirrubro y Nancy realiza trabajos de peluquería). Ambas tienen una actitud activa, abierta, desafiante en cierto punto, que las diferencia notablemente de las otras mujeres con las que hablamos.

Vera, Celia y María Luisa.²¹ De la generación de los *hijos*, hemos entrevistado a tres hermanos (Marta, Carlos y Luis Dimiropoulos) hijos de un inmigrante griego y una argentina, y a Hilda, hija de un matrimonio belga que decidió migrar a nuestro país después de la Segunda Guerra Mundial. De ellos, Hilda, Luis y Marta son de principios de los años cuarenta y Carlos es el más joven (nació en 1950).²²

Los tres entrevistados que nos quedan por presentar se instalaron en Bosque Alegre entre fines de los años cincuenta y mediados de los sesenta. Dos de ellos (Juana y Vicente) pertenecen a familias que fácilmente pueden vincularse con los elementos que distintos vecinos habían identificado como indicativos de la “degradación” del barrio: sus viviendas están construidas en terrenos más chicos, con materiales visiblemente más baratos y enmarcados en una estética que toma la figura del chalet, pero de menor “categoría”.²³ El padre Javier, finalmente, es un cura que a sus treinta años llegó a Bosque Alegre con la creación de la parroquia (en 1957) y vivió allí hasta 1978. Venía de España, acompañado por el padre Juan, impulsado por una voluntad misional. Todos los vecinos lo recuerdan como uno de los personajes centrales de la vida del barrio en aquellos años. El padre Javier y el padre Juan impulsaron la creación del colegio que se encuentra en el barrio, donde estudió la mayor parte de los niños que vivían allí. La parroquia que ellos dirigían, por otra parte, fue centro de reunión permanente para los jóvenes del barrio

²¹ Tanto Celia como María Luisa nacieron en Mar del Plata en la década de 1930. Ambas contrajeron matrimonio y se instalaron en el barrio a finales de la década de 1940. Los maridos de ambas eran socios de la Compañía General de Tierras. Celia es madre de dos varones. María Luisa, de tres varones y dos mujeres. Si María Luisa siempre se dedicó de lleno a las actividades del hogar, Celia trabajaba como secretaria de su marido en la Compañía. Vera, una inmigrante alemana, a pesar de ser un poco mayor que las otras dos (tiene hoy 84 años) también contrajo matrimonio hacia finales de los años cuarenta, pero en la ciudad de Buenos Aires. Ella y su marido se trasladaron a Mar del Plata a mediados de la década de 1950, momento en que se instalaron en Bosque Alegre. Vera y su marido no tuvieron hijos, a pesar de buscarlos. Y Vera se convirtió en madre de los chicos del barrio que más cuidado precisaban. Hoy en día, ella habla de sus siete hijos y de sus tantos nietos y de la excelente relación que mantiene con todos ellos.

²² Cada una de estas familias, tanto la de Hilda como los Dimiropoulos, ocupaban uno de los chalets que la Compañía General de Tierras había construido en el barrio inicialmente. En cuanto a su posición económica, por otra parte, es necesario marcar ciertas diferencias. Si por una parte, tanto el padre de Hilda como el de los hermanos Dimiropoulos fueron exitosos empresarios, por otra, el punto de partida de ambos y los tiempos de tal “éxito” fueron distintos. El padre de Hilda vino de Europa con una cantidad de dinero que le permitió rápidamente acceder a una posición holgada en términos económicos. El padre de los hermanos Dimiropoulos, en cambio, partió de una posición más humilde que conservó durante mucho tiempo. Esta diferencia en términos económicos tiene un correlato en la forma en que los hermanos Dimiropoulos recuerdan su vida en el barrio: su relato está atravesado por el contraste de sus prácticas con las de las Hilda y sus hermanas, unas “chicas bien”.

²³ Vicente es parte de “los italianos”, el último en instalarse en el barrio, aunque ya no se trata de un inmigrante sino de uno de sus hijos. La migración del padre de Vicente a Mar del Plata se inscribe en el mismo proceso que la de “los italianos” vecinos de Bosque Alegre (todos forman parte de la misma “cadena migratoria”), sólo que, por razones de comodidad, se instaló en otra zona de la ciudad. Vicente, que siempre mantuvo una estrecha relación con lo sucedido en Bosque Alegre (fue miembro de la junta vecinal antes de vivir en el barrio, para dar sólo un ejemplo), se mudó al barrio después de casarse, en 1966. Juana, por su parte, llegó al barrio en 1959, con 27 años, casada, madre de dos hijos y embarazada de un tercero. Su marido, un trabajador de la construcción, nunca tuvo un ingreso que les permitiera una vida holgada. Ella nunca trabajó fuera de su casa (ni antes ni después de casarse), pero siempre tejió “para afuera”. Tuvo, en total, cinco hijos. Su relato es, en muchos sentidos, más cercano al de las entrevistadas de Santa Mónica que al de las de Bosque Alegre.

(católicos o no). Cuando se fue de la parroquia, el padre Javier abandonó los hábitos para casarse.

La puesta en escena: vida familiar y sociabilidad barrial

Una de las primeras observaciones que podemos hacer es que las mujeres de Bosque Alegre, a diferencia de las de Santa Mónica, ante la pregunta directa por la historia del barrio se ubican a sí mismas como quienes menos tienen que decir: no estaban ahí. Tanto aquellas que tenían un vínculo más estrecho con el mundo público en general, como Celia, como las que enfatizan su lugar dentro del hogar, María Luisa y Juana, no se sienten en la posición de narrar la historia del barrio. Incluso cuando se les indica que lo significativo para el análisis es el recuerdo de sus vivencias y la narración de su historia familiar, estas mujeres consideran que no tienen mucho para contar. Esta característica no presenta diferencias en términos de generación y de sector social. La única mujer que se pone en un lugar ligeramente distinto es Celia. En su relato, sin embargo, la validez de lo que se enuncia no deviene de lo vivido en el barrio sino de su lugar como secretaria de su marido en la Compañía General de Tierras y, sobre todo, de los documentos que conserva y que avalan sus recuerdos.

En cambio, los varones entrevistados son quienes se ubican en el lugar de quien conoce la historia del barrio, de quien la ha vivido y puede narrarla. Desde Vicente que reivindica ese lugar por su participación en la sociedad de fomento a Luis y Carlos Dimiropoulos por sus aventuras en las calles y los terrenos del barrio. El barrio en este punto aparece como “espacio propio” para los varones y “ajeno” para las mujeres.

En Santa Mónica, en términos generales, esto es distinto. Tanto las mujeres de la *generación mayor* como la de las *hijas* cuentan la historia del barrio ubicándose como partícipes y como hacedoras. El único caso en el que esto no sucede así es el de Ivona, que, como María Luisa y Juana, dice no saber lo que pasaba afuera de su casa. Ella no sabía, ella no sabía. Ella era una “mujer de su casa”, y ya veremos cómo este epíteto es reivindicado en distintos momentos por muchas de las mujeres que entrevistamos. Ella sale hoy porque su marido ya no está.

Ahora bien, incluso las mujeres de Bosque Alegre en ciertos momentos de su relato aparecen como partícipes de la historia del barrio. ¿Cuándo cambia su posición? Cuando lo que prima es la oposición antes/ ahora y la reivindicación del lugar de “pioneras”. En esos casos, narran su participación en distintas reuniones, de las que siempre destacan su carácter “familiar”. Si participan del “espacio público” lo hacen protegidas por el manto de lo familiar que todo lo purifica y redime. Lo “público” se vuelve “privado” en estos relatos en tanto pasa a formar parte del ámbito de lo doméstico. Pero ¿hasta qué punto es útil pensar la participación de esas reuniones sólo a partir del sentido que ellas asignan a sus prácticas? ¿No se trata, de todos modos, de una forma de participar en un ámbito público? La manera en que estas mujeres presentan su participación en estas reuniones, en especial la insistencia en su carácter “familiar”,

bien podría pensarse como una estrategia que les permite a un tiempo posicionarse como “hacedoras” del barrio y como “mujeres de su casa”, dos figuras valoradas positivamente cuya aparente tensión es disuelta en el relato.

En el caso de las mujeres de Santa Mónica, la figura de la “mujer de su casa”, central en otros momentos de los relatos, no es dominante a la hora de posicionarse como narradoras de la historia del barrio. En esa instancia, las figuras más fuertes son la de la pujanza, el esfuerzo, la lucha, propia de su condición de “trabajadores” y el tono es el del relato épico. Ellas se identifican como parte de ese grupo, aún cuando después algunas sostengan que ellas después de casarse no volvieron a “trabajar”. Su identificación como “trabajadoras” no pone en jaque el epíteto de “mujeres de su casa” que también toman para sí. Pero la disolución de esta posible tensión, en este caso, no se resuelve por la apelación a lo “familiar”, sino por el relato de ascenso social del que la historia del barrio es soporte. La tensión se resuelve a partir de la construcción de una línea temporal, en la que aquella condición de “trabajadoras” forma parte de un origen noble pero pasado.

En estos relatos, el ascenso social es correlativo de la adopción de una serie de prácticas familiares que tradicionalmente se han asociado a los sectores medios. La consideración de las relaciones que trascienden el núcleo familiar (con vecinos, amigos u otros parientes) es uno de los elementos donde esto puede ser apreciado. Aunque las asiduas reuniones organizadas por la Sociedad de Fomento (entre fines de los años cuarenta y mediados de los setenta de acuerdo a las actas de la sociedad se realizaba al menos una al mes) son recordadas con nostalgia, su desaparición es comprendida dentro de una lógica natural e irreversible: es leída, en una importante cantidad de casos, como resultado de la resolución de ciertos problemas que afectaban al barrio en su conjunto. La costumbre de acuerdo a la que los vecinos colaboraban en la construcción y ampliación de las viviendas de los otros, también cayó en desuso en la misma época. La sociabilidad barrial, tan intensa en las primeras décadas de desarrollo del barrio, parece haber perdido fuerza.²⁴

Si en los relatos de los varones, la nostalgia es la clave más habitual para describir la intensa vida social del barrio de aquel entonces, las mujeres tienden a describirla en términos peyorativos. Ellas hablan de “chusmear”, “meterse en la casa de otro” o “callejear”. La distancia es marcada especialmente por las mujeres de la generación mayor. La nostalgia con que los varones se refieren al debilitamiento de la intensa sociabilidad barrial de los primeros años da

²⁴ Es probable que, además de la satisfacción de ciertos reclamos, la referencia al contexto político nacional de mediados de la década resulte de utilidad en la explicación la disminución de las actividades desarrolladas en el marco de la sociedad de fomento. Quienes han observado la acción de las sociedades vecinales en otros períodos, han considerado fundamental ese contexto en el análisis tanto de su forma como de su intensidad. Véase González, R., “Lo propio y lo ajeno. Actividades culturales y fomentismo en una asociación vecinal. Barrio Nazca (1925-1930). En Armus, D. (comp.), *Mundo urbano y cultura...*, ob. cit.; De Privitello, L., *Vecinos y ciudadanos. Política y sociedad en la Buenos Aires de entreguerras*. Bs. As., Siglo XXI, 2003.

lugar, en lo narrado por las mujeres de la generación mayor, a una jactancia: la de haber dejado las prácticas asociadas a “lo popular” o a lo no virtuoso. En la explicación de esta divergencia, confluyen las imágenes propias del *deber ser* de mujeres y varones -una en el mundo privado, el otro en el público- junto con el hecho de que tanto unas como otros parecieran referirse a distintas prácticas: ellos a la política y al deporte, ellas a formas de sociabilidad sin un fin preciso (al menos a primera vista), que son presentadas como formas de “perder el tiempo”.

¿De qué instancias de sociabilidad familiar participaban varones y mujeres en uno y otro barrio? En ambos barrios, los entrevistados contrastan un pasado de juegos infantiles en el espacio público -típicamente en las calles del barrio- y un presente donde los chicos juegan en las casas por la inseguridad reinante en el mundo del *afuera*. Los chicos muchas veces aparecen en estos relatos como *nexos* entre los interiores de las casas, entre los dominios privados de sus madres. A partir de los juegos de sus hijos, las mujeres entablaban una relación entre ellas que se materializan en distintas formas de ayuda y cuidados mutuos.

Si esto es común a las mujeres de ambos barrios, las características de aquellos vínculos no parecieran ser las mismas. En Bosque Alegre, estas relaciones se establecieron mayormente entre grupos de no más de dos mujeres: cada una de las entrevistadas recuerda a una mujer con la que mantenía una relación de mayor proximidad. El nexo que las une, aunque supone cierta cercanía en sus viviendas en términos de distancias, la misma ocurría entre mujeres que no necesariamente vivían en casas contiguas. El grado de intermediación “necesario” parece haber sido el de la existencia de un espacio común al juego de sus hijos. La única presencia permitida en el interior de sus casas, a parte de la suya propia, era la de esta vecina y los hijos de ambas. El espacio de la casa, que es definido en oposición a la calle como un espacio privado, es el adecuado para estos “encuentros”. La reivindicación del “no callejear”, frente al que ser una “mujer de su casa” aparece claramente, vuelve con fuerza cuando el relato se detiene en estas prácticas. Sin embargo, si definiéramos lo privado a partir del tipo de personas que pueden acceder a un determinado espacio, la presencia de los *ajenos* al núcleo familiar podría pensarse como una relativización de aquella privacidad proclamada. Relativización que, de todos modos, es bastante modesta.

Las mujeres de Santa Mónica, a diferencia de las de Bosque Alegre, mantenían este tipo de vínculo con un grupo sustancialmente mayor de vecinas. Por otra parte, aún cuando la “mujer de su casa” es también un tropo común a estos relatos, en ellos es posible observar una presencia más asidua de estas mujeres en el espacio barrial, en el espacio abierto, ¿en el espacio público? Se trata de un tipo de prácticas que no aparecen en los relatos de nuestras entrevistadas sino después de preguntas específicas o en relatos que abordan sólo tangencialmente la cuestión de los espacios públicos (en la rememoración de anécdotas, por ejemplo). De esta instancia de sociabilidad parecieran haber participado la mayor parte de las mujeres del barrio: el encuentro

en el almacén o en la calle tanto como las visitas a las casas *ajenas* parecen haber ocurrido aquí con mucha mayor frecuencia que en Bosque Alegre.

¿Qué otras instancias de sociabilidad en el barrio recuerdan los entrevistados? En Santa Mónica, las reuniones sociales organizadas por la asociación vecinal que perduraron hasta mediados de la década de 1970, las reuniones más “políticas” de la sociedad de fomento y los encuentros en la cancha de bochas (estos sí eminentemente masculinos). En Bosque Alegre, fuera de esas reuniones a la vera del lago, de carácter “familiar”, se realizaban reuniones en la capilla de las que participaban fundamentalmente los jóvenes del barrio y de los alrededores, acompañados por distintos miembros de sus familias. Ambos tipos de encuentros también ocurren en el mundo del *antes*, pero de antes diferentes. Si los pic-nics familiares alrededor del lago son ubicados en los primeros años del barrio, en el marco de la vida de los “pioneros” en el barrio y de su relación con la naturaleza, las reuniones organizadas por la parroquia son situadas entre fines de los años cincuenta y mediados de los setenta, tiempo que coincide con la presencia del padre Javier como cura párroco del lugar. Ahora bien, los años sesenta también son señalados, por los mismos sujetos que recuerdan con nostalgia estas reuniones, como los años del “inicio de la decadencia” del barrio asociada a su popularización. Aparecen unos otros no queridos frente a los que cobra relevancia la definición de aquel primer “antes”.

La oposición nosotros/ otros también aparece cuando se recuerdan las fiestas de “los italianos”. Las fiestas de los italianos: las fiestas de los otros. Incluso entre quienes se narran como partícipes de esas reuniones -los hermanos Dimiropoulos, por ejemplo- la tónica que marca su relato es la de quien mira “desde afuera”. Estas fiestas están asociadas en el imaginario de los entrevistados a lo popular y a lo público, apropiado para *ellos* pero no para *ellas*. Las chicas virtuosas no iban. Las chicas sí iban a las reuniones de la Iglesia. Las chicas se juntaban en la casa de alguna de ellas, en el *adentro*. Las que jugaban en la calle y las que iban a lo de los italianos eran la excepción.

El contraste entre el relato de Marta Dimiropoulos y de las entrevistadas más jóvenes (Nancy y Cristina) resulta sumamente interesante para observar las distintas definiciones de lo público. Marta se describe a sí misma como una chica muy tímida. No le gustaba salir, no era de andar por la calle. Tenía algunas amigas en el barrio con las que se reunía siempre en alguna casa. Marta empezó a trabajar de muy joven -desde los 16 años- con su padre en un puesto de frutas y verduras que quedaba bastante lejos del barrio (antes ayudaba a organizar la casa y cuidaba a sus hermanos). Desde entonces nunca ha dejado el trabajo fuera de su casa. La figura de la “mujer de su casa” y la de “trabajadora” son centrales en la forma en que ella define su identidad. A diferencia de lo que ocurre con otras entrevistadas más jóvenes (recordemos que Marta nació en 1946), el trabajo extra-doméstico no supone una ruptura en la forma en que se narra el vínculo con lo público. En la medida en que el trabajo está orientado a solventar las necesidades de la familia, no cuestiona la identificación de Marta como “mujer de su casa”.

Como el trabajo “para afuera” que muchas de las entrevistadas realizaban en el espacio de sus viviendas, el de Marta en el puesto de frutas y verduras (y los que tuvo posteriormente) forman parte, en estos relatos, de la esfera de lo privado.

Ahora bien, si las mujeres que eran adultas o adolescentes en los sesenta se jactan de ser “mujeres de su casa” que no “callejeaban”, las más jóvenes, en cambio, narran su “salida a la calle” como una conquista. Si en términos generales la imagen del “quedarse en casa” como una virtud comenzó a ser puesta en cuestión en los años sesenta²⁵, en los relatos de nuestras entrevistadas recién encuentra eco en el de las dos más jóvenes: las que crecieron en imbuídas en ese clima de cambio. Son ellas quienes cuentan su trabajo fuera de su casa como un trabajo *público*, como una forma de salir de los límites impuestos por casa, hijos y maridos. Es gracias a su trabajo que conocen más gente, que han ganado independencia, que pueden mantenerse ellas y mantener a sus hijos incluso después de divorciadas (ambas lo son).

Resulta interesante, por otra parte, señalar que tanto el trabajo de Nancy como el de Cristina, en lugar de alejarlas del barrio, las vinculan más a él. Cristina es dueña de un polirrubro ubicado en una de las calles que definen los límites de Santa Mónica. Estando recién casada, se mudó a otra zona de la ciudad, pero volvió al barrio de sus padres por la comodidad de tener la casa y el negocio en el mismo lugar. Nancy, por su parte, también se mudó al casarse y volvió por otros motivos: cuando se divorció, su familia le ofreció un departamento situado en la parte trasera de la casa de su abuela y ella, sin posibilidades de mantener otro lugar, aceptó esa casa en la que vive hace ya varios años. Nancy hace distintos trabajos de peluquería y artesanía y gran parte de su clientela está conformada por vecinos de Santa Mónica. Aunque quisiera cambiar de casa, ella asegura que preferiría quedarse en el barrio porque le gusta su tranquilidad y su paisaje, porque su padre vive allí y porque ahí ya tiene una red de vecinos que la llaman regularmente por algún trabajo.

Ahora bien, si es posible observar ciertas diferencias en la forma en que las mujeres se refieren al trabajo extra-doméstico, prácticamente en ningún caso (la excepción es Celia) relatan lo sucedido en la sociedad de fomento. Quienes narran lo sucedido en este ámbito “público” son siempre ellos. La participación en la sociedad de fomento de cada barrio es siempre descripta como una acción en el espacio público, tanto si se la concibe como una forma de acción política o comunitaria.²⁶ En los dos barrios seleccionados, la acción de las asociaciones vecinales, de

²⁵ Véase Wainerman, C., *La vida cotidiana en las nuevas familias. ¿Una revolución estancada?* Bs. As., Lumiere, 2005; Torrado, S., *Historia de la familia en la Argentina Moderna (1870-2000)*, Bs. As., Ediciones de la Flor, 2003; Nari, M. y M. del C. Feijóo, “Women in Argentina during the 1960’s.” en *Latin American Perspectives*, Issue 88, Winter 1996, Vol. 23, N. 1; Cosse, I., “Cultura y sexualidad en la Argentina de los 60’: usos y resignificaciones de la experiencia transnacional” en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 17, núm. 1, enero – junio de 2006; Andujar, A., Domínguez, N., Grammatico, K., et. al. (comps.), *Historia, género y política en los '70*, Buenos Aires, Feminaria, 2005.

²⁶ La distinción que planteamos entre “política” y “comunitaria” tiene como finalidad el distinguir entre quienes asocian su participación en asociaciones vecinales a su pertenencia a un partido político de

acuerdo al relato de los entrevistados, habría entrado en una suerte de crisis aunque en diferentes momentos. En el caso de Bosque Alegre, la misma se habría producido a partir de los años sesenta. Se habla de un creciente individualismo que no habría permitido afrontar los problemas que surgieron en el barrio a partir de su crecimiento. Se habla de un vuelvo hacia lo “privado”, definido en este caso como lo no político: “*Porque cada uno en su casa, no le importaba el otro. Y todo eso fue decayendo. Todo.*”²⁷ En Santa Mónica, el decaimiento de las actividades de la sociedad, que se habría iniciado una década más tarde, se asocia al haber cubierto las necesidades que le dieron origen. También en este caso el individualismo es presentado como la causa última, aun cuando la apelación al mismo se da en contextos completamente diferentes (uno de consecución de las demandas y el otro de incremento de los problemas del barrio).²⁸

Y baja el telón...

Si, como dijera Prost, la historia de lo público y lo privado es ante todo la historia de sus fronteras, el epígrafe con el que iniciábamos el presente trabajo no puede ser más certero: *las fronteras se mueven como las banderas*. A lo largo de estas páginas hemos observado cómo la caracterización de un espacio o de unas prácticas como públicos o privados depende del contexto en que se realiza: en oposición a qué otras prácticas o espacios, enmarcada en qué secuencia de objetos que se describen y de atributos que se les adscriben, etc.

El barrio es concebido como un espacio *ajeno* por las mujeres, en la medida en que la oposición dominante es barrio calle/ casa. La “mujer de su casa” es la figura que estructura en buena medida el relato de todas las entrevistadas, excepto las dos más jóvenes. Mujeres en el espacio privado, mujeres en el interior de sus casas. Frente a esto, los varones se asumen como los legítimos narradores de la historia del barrio: ellos sí estaban en sus calles, eso es parte de su “hombría”. Son ellos, además, los *dueños* de lo público-político, de la acción y del recuerdo de las asociaciones vecinales.

El conflicto entre ser una “mujer de su casa” y el “callejear” o el “meterse en la casa de otro” que es central en aquella primera aproximación al recuerdo de la vida en el barrio se diluye en otros tramos de los relatos. La familia, en un caso, y el ascenso social, en el otro, son los elementos que permiten la coexistencia armónica de figuras que en principio parecían contradictorias. En ambos, la oposición antes/ ahora es la que permite dicha convivencia. Las mujeres en espacios públicos, pero *protegidos*. Los espacios públicos que les son *propios* en tanto aparecen como extensión de sus casas (privadas).

quienes la conciben como una esfera de acción más vinculada a la defensa de los propios intereses que al compromiso con una determinada ideología o espacio partidario. Esta distinción, que ha sido útil en otras oportunidades, no resulta significativa para analizar la forma en que los sujetos con los que trabajamos conciben su actividad en la sociedad de fomento.

²⁷ Entrevista a Carlos Dimiropoulos.

²⁸ Es notable que no se haga referencia al contexto político nacional que, en ambos casos, es el de gobiernos de facto que buscaron eliminar la movilización política.

Hemos observado, por otra parte, fuertes diferencias en las formas de describir el trabajo fuera de la casa entre las entrevistadas más jóvenes y las demás. Para la mayor parte de las mujeres entrevistadas, la subordinación de ese trabajo a la lógica familiar permite concebirlo también como una extensión del espacio privado: se *privatiza* el trabajo, incluso cuando se realizara bastante lejos no sólo de la casa sino del barrio. Las más jóvenes, en cambio -las que eran niñas en el sesenta y adultas en los ochenta-, describen el trabajo fuera de su casa como un quiebre con las lógicas del mundo privado. El trabajo extra-doméstico aparece en sus relatos como espacio para establecer contacto con otros grupos y como posibilidad de lograr su independencia. Resulta sumamente significativo que el ámbito público del que hablan se encuentre *dentro* del barrio y que dependa de las mismas relaciones (fundamentalmente con otras vecinas) de las que ya formaban parte las mujeres de la generación mayor.

Si las nociones de lo *público* y *privado* quedan definidas a partir del contexto en que son usadas, ¿puede intentarse una definición que busque unificar sus significados? En los ejemplos que hemos tomado podríamos señalar cierta coincidencia en identificar lo doméstico con lo privado, en oposición a lo que se establece qué es lo público. Sin embargo, dicha identificación lleva implícita una serie de problemas que no resultan menores en términos teóricos (y políticos). En primer lugar, en la medida en que la apelación a lo doméstico puede operar en distintos sentidos, a veces opuestos (en cómo las mujeres de distintas generaciones consideran el trabajo fuera de la casa, por ejemplo). Por otra parte, dificulta la consideración de ciertas prácticas que se desarrollan en la esfera de lo doméstico como públicas, lo que obstaculiza tanto la observación de transformaciones en el tiempo, como la consideración del orden doméstico como un orden *político* (y entonces también *público*).

Lo que aquí se propone, en cambio, es concebir los términos público y privado como dos extremos de un continuo: en el extremo de lo privado, situamos aquellas prácticas de las que sólo participa una persona; en el de lo público, aquellas de las que virtualmente cualquiera puede participar. De este modo, las distintas formas de ayuda y cuidado mutuo que observábamos entre las mujeres de Bosque Alegre tendrían un grado de privacidad mayor que las de las mujeres de Santa Mónica, pero también tendrían un cierto grado de publicidad. ¿Por qué insistir en una definición que se impone sobre las usadas por los propios actores? A partir de la definición que proponemos, pretendemos mostrar una serie de continuidades que, quedándonos con las nociones utilizadas por los actores, quedarían oscurecidas.

En particular nos interesa mostrar la continuidad de un tipo de sociabilidad que se produce fundamentalmente entre mujeres, que no aparece en los relatos de nuestros entrevistados sino después de preguntas específicas sobre distintas prácticas o en relatos que abordan sólo tangencialmente la cuestión de los espacios de interacción en el barrio. Son estas relaciones de ayuda mutua entre vecinas las que muchas veces permiten la satisfacción de necesidades y la resolución de problemas del grupo familiar: en ellas se apoya, en una

importante cantidad de casos, la posibilidad de que estas mujeres hayan aportado o aporten dinero para el sostenimiento del hogar. ¿Por qué permanecen invisibles, entonces, o son descriptas con una carga valorativa negativa? Probablemente estos silencios tengan su origen en una mirada “masculina”, la mirada de quienes no participan de estas instancias que se impone sobre la de quienes, siendo sus actoras activas, no encuentran allí el eco de ninguna de sus reivindicaciones -ni de las de las mujeres más grandes -quedarse en casa-, ni de las más jóvenes -salir de ella-.

La consideración de la dimensión pública de aquellas prácticas permite reflexionar sobre las experiencias que podrían dar lugar a una discusión sobre el papel de la mujer en el mundo doméstico, redimensionando su papel en el pasado e imaginando otros para el futuro. Se trata de prácticas que tuvieron una notable continuidad y que pueden ser encontradas (aunque con distinta intensidad) tanto en mujeres de sectores medios como de sectores populares.

Bibliografía

- AA.VV., *Mar del Plata. De la Prehistoria a la actualidad. Caras y contracaras de una ciudad imaginada*, Mar del Plata, UNMDP, 1990.
- AA.VV., *Mar del Plata. Una historia urbana*, Bs. As. Fundación Boston, 1991.
- Aboy, R., *Viviendas para el pueblo. Espacio urbano y sociabilidad en el barrio Los Perales. 1946-1955*, Bs. As. FCE – UdeSA, 2005.
- Aguilar, G., “Televisión y vida privada”, en: Devoto, F. y Madero, M., *Historia de la vida privada en Argentina*, Bs. As. Taurus, 1999.
- Agulhon, M., *Historia vagabunda. Etnología y política en la Francia contemporánea*. México, Inst. Mora, 1994.
- Álvarez, N. (dir.), “Decires y andares sobre Mar del Plata. Huellas urbanas en la memoria familiar”, *Pasado y presente de la Mar del Plata Socia: Coloquio I*, Mar del Plata, EUDEM, 2005.
- Andujar, A., Domínguez, N., Grammatico, K., et. al. (comps.), *Historia, género y política en los '70*, Buenos Aires, Feminaria, 2005.
- Arnuch, L., *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*, Bs. As. Fondo de Cultura Económica, 2002.
- Ariès, Ph., “De la solidaridad al anonimato. La vida privada desde la Edad Media al siglo XVIII”, En *Revista A&V. Monografías de arquitectura y vivienda*, Nº 14, 1988.
- Aroskind, R., “El país del desarrollo posible.” En James, D., *Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*. Bs. As., Sudamericana, 2003.
- Auyero, J. y Hobert, R., “¿Y esto es Buenos Aires? Los contrastes del proceso de urbanización”, En: James, D., *Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, Bs. As. Sudamericana, 2003.
- Ballent, A., “El arte de saber vivir. Modernización del habitar doméstico y cambio urbano, 1940-1970”, en García Canclini, N. (coord.), *Cultura y comunicación en la ciudad de México*, México, Grijalbo, 1998.
- Ballent, A., “La casa para todos”: grandeza y miseria de la vivienda masiva”, En Devoto, F. y Madero M. (coomp.), *Historia de la vida privada en la Argentina*, Bs. As. Taurus, 1999.
- Ballent, A., *Las huellas de la política. Vivienda, ciudad, peronismo en Buenos Aires, 1943-1955*. Bernal, UNQ/ Prometeo, 2005.
- Bazano, S., “‘Dime cómo llamas al barrio y te contaré parte de su historia.’ Aportes para una etnografía del barrio”, En del Acebo Ibáñez, *El habitar urbano: pensamiento, imaginación y límite. La ciudad como encrucijada*, Bs. As., USAL, 2000.
- Béjar, H., *El ámbito íntimo. Privacidad, individualismo y modernidad*, Madrid, Alianza, 1995.
- Boudon, Ph., *Lived in Architecture. Le Corbusier's Pessac revisited*. London, Lund Humphries, 1972.
- Cacopardo, F., *La modernidad en una ciudad mutante. Vivienda, sociedad y territorio en la primera mitad del siglo XX*, Tandil, FADU/ UNMdP, 2003.
- Cepeda, A. y C. Rustoyburu, “Venus en la cocina. La mujer en el discurso de Eva Giberti (Argentina en la década del 60).” Presentado en las *VIII Jornadas de Historia de las Mujeres y III Congreso Iberoamericano de Estudios de Género*, Córdoba, 25 a 28 de octubre de 2006.

- Coontz, S., *The way we never were. American Families and the Nostalgia Trap*. New York, Basic Books, 2000.
- Cosse, I., *Estigmas de nacimiento. Peronismo y orden familiar, 1946-1955*. Bs. As., FCE/ UDESA, 2006.
- Cosse, I., "Cultura y sexualidad en la Argentina de los 60': usos y resignificaciones de la experiencia transnacional" en *Estudios interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 17, núm. 1, enero – junio de 2006.
- De Certeau, M., *La invención de lo cotidiano*, México, Universidad Iberoamericana, 1996.
- De Privitello, L., *Vecinos y ciudadanos. Política y sociedad en la Buenos Aires de entreguerras*. Bs. As., Siglo XXI, 2003
- Falu, A., Moreu, P. Y Rainero, L. (coomp.), *Ciudad y vida cotidiana, asimetrías en el uso del tiempo y del espacio*, Córdoba, UNC, 2002.
- Felliti, K., "El placer de elegir. Anticoncepción y liberación sexual en la década del sesenta", en: AAVV, *Historia de las mujeres en Argentina*, Bs. As. Taurus. Tomo II, 2000.
- Fernández, R. (dir), *Habitar Mar del Plata. Problemática de vivienda, tierra y desarrollo urbano de Mar del Plata. Diagnóstico y propuestas*, Mar del Plata, UNMDP, 1996.
- Gal, S., "A Semiotics of the Public/ Private Distinction", en *Differences: A Journal of Feminist Cultural Studies*, 13.1, 2002.
- García Canclini, N., *La ciudad de los viajeros. Travesías e imaginarios urbanos. México: 1940-2000*, México, Grijalbo, UAM, 1996.
- Germani, G., *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Bs. As., Paidós, 1971; cap. X.
- González, R., "Lo propio y lo ajeno. Actividades culturales y fomentismo en una asociación vecinal. Barrio Nazca (1925-1930). En Armus, D. (comp.), *Mundo urbano y cultura popular*. Bs. As., Sudamericana, 1990.
- Gorelik, A., *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Bernal, UNQ, 1998.
- Gravano, A., *Antropología de lo barrial. Estudios sobre producción simbólica de la vida urbana*. Bs. As., Espacio, 2003.
- Guerrand, R-H.; "Espacios privados", En Duby, G. Y Ariès (dirs.), Ph., *Historia de la vida privada*, Madrid, Taurus, 2001.
- Gusdorf, G., "Condiciones y límites de la autobiografía", En *Anthropos*, N° 29, 1991.
- Gutiérrez, A., "La organización de lo cotidiano en familias de un barrio pobre cordobés", En Falu, A., Moreu, P. y Rainero, L., *Ciudad y vida cotidiana, asimetrías en el uso del tiempo y del espacio*, Córdoba, UNC, 2002.
- Hayden, D., "What would a non-sexist city be like? Speculations on housing, urban design and human work." En Le Gates, R. T. y Scout, F. (eds.), *The city reader*, London, Routledge, 1996.
- Hobsbawm, E., *Historia del Siglo XX*. Barcelona, Crítica, 1995 Cap. XI: "La revolución cultural".
- Jacobs, J., "The uses of sidewalks: safety", En Le Gates, R. T. y Scout, F. (eds.), *The city reader*, London, Routledge, 1996.
- Kertzer, D., *La vida familiar desde la revolución francesa hasta la Primera Guerra Mundial (1789-1914)*. Barcelona, Paidós, 2002.
- Langellier, K. M., & Peterson, E. E., "Family storytelling as a strategy of social control." En D. Mumby (Ed.), *Narrative and social control* (pp. 49-76). Newbury Park, CA: Sage, 1993.
- Lawrence-Zúñiga, D., "Condiciones materiales de la vida familiar." en Kertzer, D. y M. Barbagli, *La vida familiar en el siglo XX. Historia de la familia europea*. Vol. 3, Barcelona, Paidós, 2004.
- Liernur, J. F., "El dispositivo de la casa autoconstruida.", *Cuadernos del IAA*, N° 4, 1987.
- Liernur, J. F., "El nido de la tempestad. La formación de la casa moderna en la Argentina a través de manuales y artículos sobre economía doméstica (1870-1910)", En *Entrepasados*, N° 13, 1997.
- Liernur, J. F., "Casas y jardines. La construcción del dispositivo doméstico moderno", En Devoto, F. y Madero, M. *Historia de la vida privada en la Argentina*, Buenos Aires Taurus, 1999.
- Loureiro, A. G., "Problemas teóricos de la autobiografía", En: *Anthropos*, N° 29, 1991.
- Mazza, C. J. (ed), *La ciudad de papel. Análisis histórico de normativas y planes urbanos para la ciudad de Mar del Plata, 1885-1975*, Mar del Plata, UNMDP, 1997.
- Míguez, E., "Familias de clase media: la formación de un modelo", En Devoto, F. y Madero, M. (coomp.), *Historia de la vida privada en la Argentina*, Bs. As., Taurus, 1999.
- Morant, I. (coord.), *Historia de las mujeres en España y América Latina*, Cátedra, Madrid, 2006.
- Moreno, J. L., "El triunfo de la familia 'moderna'", En *Historia de la familia en el Río de La Plata*, Buenos Aires, Sudamericana, 2004.
- Nari, M. y M. del C. Feijóo, "Women in Argentina during the 1960's." en *Latin American Perspectives*, Issue 88, Winter 1996, Vol. 23, N. 1.

- Núñez, A., *Morfología Social de Mar del Plata (1874-1990)*, Tandil, PICT, 2000.
- Perrot, M., “Modos de habitar. La evolución de lo cotidiano en la vivienda moderna”, En *Revista A&V. Monografías de arquitectura y vivienda*, Madrid, 1988.
- Prost, A., “Fronteras y espacios de lo privado”, En Ariès, P. y Duby, G. (dirs.), *Historia de la vida privada*, Madrid, Taurus, 2001.
- Pujol, S., *La década rebelde. Los años 60 en la Argentina*, Bs. As., Emecé.
- Robin, R., “¿Es la historia de vida un espacio al margen del poder?” En Jorge E. Aceves Lozano, comp., *Historia oral*, México, UAM/ Instituto Mora, 1993.
- Teyssot, G., “Lo social contra lo doméstico. La cultura de la casa en los últimos dos siglos”, En *Revista A&V. Monografías de arquitectura y vivienda*, N° 14, 1988.
- Thompson, P., “Evidencia” En *La voz del pasado. La historia oral*, Barcelona, Ediciones Alfons El Magnanin, *Institu Valenciana De estudis y Investigacio*, 1988.
- Torrado, S., *Historia de la familia en la Argentina Moderna (1870-2000)*, Bs. As., Ediciones de la Flor, 2003.
- Vespucci, G. y ot., “La recuperación del sujeto en las ciencias sociales: Una aproximación epistemológica”, presentado en IV Jornadas de Investigación del Departamento de Geografía; Facultad de Humanidades, UNMDP, 2002.
- Wainerman, C., *La vida cotidiana en las nuevas familias. ¿Una revolución estancada?* Bs. As., Lumiere, 2005.
- Weintraub, K. J., “Autobiografía y conciencia histórica”, En *Anthropos*, N° 29, 1991.
- Young, M. y Willmott, P., “Kinship and Community”, En Le Gates, R. T. y Scout, F. (eds.), *The city reader*, London, Routledge, 1996.
- Zuppa, G. (ed.), *Prácticas de sociabilidad en un escenario argentino. 1870-1970*, Mar del Plata. UNMDP, 2004.